

DIARIO DE PALMA.

VIERNES 2 DE NOVIEMBRE.

PRECIOS DE SUSCRIPCION.

PALMA..... 10 rs.
 MAHON é IBIZA, franco..... 12 id.
 Cada número suelto..... 1 sueldo.

Sale el sol á 6 h. 46 ms. y se pone á 5 h. 14 ms.
 Sale la luna á 12 h. 21 ms. de la noche, y se pone á 12 h. 11 ms. de la tarde.

Un reloj arreglado al tiempo medio debe señalar á medio día 11 h. 44 ms.

PUNTO DE SUSCRIPCION.

PALMA..... Librería de D. F. Gnasp.
 MAHON..... D. Matías Mascaró.
 IBIZA..... D. Joaquin Cirer y Miramont.

Seccion política.

(De El Ancora.)

INGLATERRA Y LA REVOLUCION.

En 4 de noviembre de 1801, á la sazón en que los ministros del gabinete de Saint James presentaban en la cámara de los comunes los preliminares de la paz entre la Gran Bretaña y la república francesa, William Windham, el amigo de Pitt y de Burke y otra de las glorias más puras de la tribuna inglesa, dejó oír su voz elocuente para prevenir á Inglaterra los funestos resultados que podrian traer las ideas simbolizadas en aquella alianza.

La descripción de la influencia revolucionaria, que hizo Windham, era sorprendente en 1801, luego despues del reinado del terror y de las orgías del Directorio. En la actualidad todavía es exacta, y lo será mientras la revolucion no se ruborice de sus faltas y levante en las barricadas la bandera de las insurrecciones.

Windham preveía la decadencia de Inglaterra en el mero hecho de firmar un tratado de paz con la revolucion: Windham estaba inspirado. Como él, otros grandes estadistas de Inglaterra se negaban al consabido tratado, porque preveían que más ó menos tarde sería para su país un síntoma de descomposición social y de una ruina prematura.

Tal era la situación de la Gran Bretaña cincuenta y cuatro años atras. La mera idea de una paz, y de una suspensión de hostilidades acordada con el principio democrático y social, llenaba de indignación á los ingleses de aquella época, que en su conducta como en sus palabras recordaban el *senatorius decor* del patricio de la antigua Roma. ¿Qué dirían ahora esos hombres si cobrando vida en los frios mármoles de sus sepulcros de Wetsminster pudiesen, aunque momentáneamente, presenciar el espectáculo que está dando al mundo entero la Gran Bretaña?

Reprimiendo su codicia, y ocultando en su interior las ideas que la inducian á perturbar el mundo para tener el triste privilegio de monopolizar siempre y en todas partes los negocios, Inglaterra podía y debía ocupar un lugar preferente entre las naciones europeas. La Providencia le había preparado este destino; el talento de sus hombres políticos, el valor de sus marineros y soldados se lo habían conquistado; y nadie se lo disputaba; Inglaterra renuncia pues espontáneamente á su destino.

¿Cómo se explica esto? ¿qué peri-

pecias y acontecimientos han podido llevarla á ese extremo? Veámoslo.

Por espacio de treinta y siete años de una paz providencial en que la Europa ha podido medrar en la abundancia, enriquecerse con el trabajo y enaltecerse con los adelantos artísticos é industriales, la Gran Bretaña que hubiera deseado dirigir y apropiarse estas conquistas pacíficas, creyó que no pudiendo confiscarlas en beneficio suyo, tenía derecho á señalarles límite. Esta envidia en la que entraba por mucho la sed de lucro, fué como gota de aceite, que en las clases altas fué dilatándose hasta alcanzar al pueblo. Para perpetuar su prepotencia mercantil, la Inglaterra creyó preciso perpetuar y vulgarizar la revolucion en Europa: por esto promovía espontáneamente las tormentas, y haciéndose la ilusión de que nunca los estragos del huracan alcanzarían al Reino Unido, lo soltaba en todas direcciones, como en todas partes introducía sus géneros.

La revolucion que Inglaterra ha llevado y propagado á su antojo, ha sido un medio que ha utilizado á su gusto para obtener de Europa todo lo que su insaciable codicia se ha creído facultada para exigir. El pretexto de las nacionalidades oprimidas, las pretendidas quejas de los pueblos, las sublevaciones particulares, las agitaciones promovidas, las escandalosas protecciones que en provecho propio explotaba el pabellon inglés, han sido otras tantas armas cuyo uso se ha permitido la Gran Bretaña. La Europa que no había echado de ver estos maquiavélicos cálculos, fué víctima por largo tiempo; pero al fin y al cabo Inglaterra se encuentra en el lazo que había preparado para las demás naciones.

La Gran Bretaña que ha sido tan hábil en descubrir el sofisma como en ponerlo en práctica, no había podido presumir que la revolucion generalizada en Europa sería extensiva al Reino Unido, donde ahora se ha introducido para medrar como en otras partes.

Una guerra contra Rusia era para Inglaterra un excelente medio para destruir una marina que con el tiempo podía disputarle el imperio de los mares; esa guerra entraba en los cálculos y en los intereses del pueblo inglés. Pues bien, ya se han realizado sus votos, la guerra existe, la guerra se prolonga, y la Gran Bretaña que nunca combate por la gloria de combatir, la reduce á una miserable cuestión de piratería ó barbarie.

Los espartanos decían: que todos los países á que podía alcanzar las puntas de sus lanzas, les pertenecían

por derecho de conquista; por espacio de un siglo los ingleses han podido decir otro tanto de la proa de sus buques: pero desde su alianza con la Francia no puede Inglaterra gloriarse de su antigua prepotencia.

La Francia se ha visto precisada á formar causa comun con la Gran Bretaña, pero lo ha hecho con las condiciones pecolieres á su carácter marchando contra el enemigo espada en mano y con banderas desplegadas. Nada fatiga su paciencia, nada altera su carácter, nada mengua su valor, lánzase entusiasta á los combates, y entre el estrépito de los cañones y el humo de la pólvora se goza y vive como en su propia atmósfera. Los franceses del siglo XIX son todavía los antiguos galos que Caton caracterizaba con las siguientes lacónicas palabras: *Gallia duas res industriosissime persequitur, rem militarem et argute loqui.*

Al lado de esos soldados tan valientes y aguerridos, la Inglaterra ha comprendido la inferioridad de los suyos, y se ha abandonado á la vergüenza y á la inercia. En la guerra de Oriente la Gran Bretaña ha dado al mundo un ejemplo de cinismo que la historia se avergonzará de consignarlo. Los ingleses que fueron á provocar al enemigo, han demostrado en su presencia una cobardía incalificable; sus jóvenes oficiales ocupándose con preferencia en todo lo que respecta á comisiones, han evitado cuidadosamente los peligros. Los mismos diarios ingleses han hecho público que muchos oficiales ora por un pretexto, ora por otro, han abandonado sus banderas, se han fingido enfermos y heridos para regresar á Londres, y todo esto en la ciudad del Támesis parecía tan natural como en Francia y en Rusia el valor, como el heroísmo y la abnegacion en todas partes. Batallones enteros se han negado á marchar de frente contra el enemigo: y si la Inglaterra de acuerdo con Bonaparte lleva á Oriente la libertad y la civilización occidental, no será por cierto por el valor de los ingleses.

Todas estas circunstancias son los precedentes de una decadencia inevitable. Inglaterra se cree todavía bastante rica para pagar soldados mercenarios que los busca en todas partes, mendigando á las demás naciones sus hijos: pero esa sangre venal no lavará su mancha ni le hará recobrar la preponderancia legítima que sus hombres de estado le habían adquirido. Sus manejos é intrigas para generalizar la revolucion han dado muerte á esa preponderancia. Llevada de su codicia y de sus ilusiones la Gran Bretaña lo esparaba todo de la revolucion, y la

revolucion la ha burlado, porque se ha introducido en la privilegiada isla desde la cual los Eolos parlamentarios no pueden ya soltar los vientos sobre el continente.

Las tempestades se han revuelto contra los que disponían de ellas á su antojo, y han producido un fenómeno que no se había presenciado jamás.

¿Qué será de Inglaterra, por consiguiente, cuando la demagogia organizada preste animación á esa torpeza ó apatía que no ha logrado avivar el estruendo de los combates? ¿gen qué se convertirá ese reino que como viejo débil y caduco solo tiene suficiente aliento para dar muestra de su descomposición moral y de su impotencia física?

No nos es dado conocer los secretos del porvenir; pero todo induce á creer, que Inglaterra escarmentará, más ó menos tarde, en cabeza propia, y que ese terrible escarmiento será una satisfacción para las naciones que son y han sido víctimas de las perversas y siempre interesadas sugerencias de la Gran Bretaña.

La *Epoca* publica un lúgubre artículo de acerba censura contra las Cortes Constituyentes de España, y quiere que sea un último esfuerzo por si con él puede hacer recobrar á la Asamblea más de un año perdido; á la situación diez y seis meses perdidos. No sabe cómo comprender el patriotismo de algunos constituyentes á quienes el miedo retrae: recuérdales de nuevo el valor cívico y el patriotismo ardiente de los Estamentos de 1834. Prevee una reacción inminente si esto dura algún tiempo más, y dice estas palabras, hablando de nuestros partidos:

¿Dónde está aquí esa democracia que aterrorizó, pero subyugó á la Francia? ¿Qué se ha hecho del progresismo, dividido hoy en diez fracciones enemigas? ¿Qué es del partido moderado puro, que á los diez y seis meses de desgracias está mil veces más fraccionado que cuando los atentados contra la constitucion habían formado en él dos únicos campos enemigos é irreconciliables? ¿Dónde hallar el gobierno, el gobierno de iniciativa, de acción, de prestigio y de arrojo, tal como lo exigen las circunstancias supremas de un país? ¿Qué se ha hecho de las oposiciones avanzadas y radicales de la Cámara? ¿Cómo dar fuerza á una constitucion que un año entero no ha bastado á confeccionar? ¿Qué ha sido de esa pasión política que es la vida de los pueblos regidos por instituciones representativas?

Todo está apagado, muerto, disuelto, fraccionado, hundido en el

mismo descrédito. El país, fatigado de esta esterilidad que lo mata, de esta impotencia que lo aniquila, vuelve por do quier sus ojos buscando una salvacion, un gobierno, un poder fuerte dentro de la ley que conjure los peligros del porvenir, y se desalienta y postra al no hallar en todas partes sino pequenez, pasion ó impotencia.»

Pues y aquellas imágenes de gloria y esperanzas de bienestar que nos prometió la revolucion? Qué, se conmueve una sociedad hasta los cimientos para obtener tales resultados? Qué enseñanza!—Concluye La Epoca pidiendo como remedio supremo, que los diputados presentes por un voto solemne declaren restablecida la Constitucion de 1837, y dice ser lo único que puede salvar la libertad constitucional en España.

NOTICIAS ESTRANJERAS

El comité de la sociedad revolucionaria de emigrados de todos los países, establecida en Londres, acaba de publicar un escrito en forma de carta, dirigida á la reina de Inglaterra, suscrita por Felix Pyat, Rougée y Jourdain, en el cual, en estilo por demás vituperable, se prodigan ultrajes, no solo al emperador Napoleon, sino tambien á la misma soberana de la Gran Bretaña. Este escrito ha producido en Inglaterra una explosion unánime de indignacion y de ira contra sus autores, que no contentos con abusar de la hospitalidad inglesa atizando la revolucion en todos los Estados del continente, han llevado su audacia hasta el extremo de insultar y escarnecer á una soberana, á quien el pueblo ingles profesa una reneracion que casi raya en idolatría.

Ya ha habido varios meetings para pedir al Parlamento que abrogue las leyes sobre extranjeros, facultando al gobierno para que pueda espulsarlos cuando lo crea conveniente. Ya hace tiempo que la prensa ministerial viene preparando la opinion sobre la necesidad de adoptar esta medida contra algunos de los refugiados, y ellos mismos acaban de suministrar al gobierno la mejor ocasion para pedir al Parlamento las facultades que deseaba.

Hé aquí el análisis que del mencionado documento hace el Times y las reflexiones con que lo acompaña:

«El documento en cuestion fué leído en una reunion que tuvieron los emigrados de todos los países en Londres el dia 22 de setiembre, para celebrar el aniversario de la proclamacion de la primera república francesa y un periódico redactado por ellos en Jersey, l' Homme, ha publicado el acta de lo que ha ocurrido en esta reunion. Despues de la lectura del escrito, que fué recibida con grandes aplausos, tomó la palabra el ciudadano frances Falandier para hacer sobre él algunos comentarios. Empezó haciendo la apologia de los jacobinos de 1793, y dividió en tres partes los deberes de todo buen patriota: conspirar, estudiar los medios y hacer la propaganda. «Las tentativas como la de Pianori y la de los sublevados de Angers se justifican á los ojos del mundo por el éxito; tengamos confianza, que la justificacion esta próxima.» Bautizando sus hijos con el nombre de la verdadera Trinidad, libertad, igualdad y fraternidad, debian educarlos en la justa causa. Se ve, pues, que el asesinato no es la doctrina de un solo individuo, sino que la profesa todo un partido.

La carta á la reina de Inglaterra está escrita en términos de la mas insolente familiaridad. Ningun sentimiento de decencia ni de respeto hácia las costumbres del pueblo que le ha dado asilo, ha contenido al infame rapsodista. «¿Por qué habeis ido á visitar á un tirano advenedizo, vos, señora, que sois una mujer honrada cuanto puede serlo una reina?» Al emperador se le llama «la encarnacion viva de la tiranía.» y se predice una

próxima revolucion. «El relámpago de Pianori ha precedido al trueno del pueblo.» Se le echa en cara á la reina su locura de haberse hecho amiga del emperador Corso, cuya púrpura es de sangre francesa, y que lo mismo representa á la Francia que el buitre á Prometeo.» Ella no ha pensado mas que en el amo de hoy sin cuidarse en que hay mañana; pero su caída y su castigo son infalibles y están cercanos. ¿Cuál será su fin? Quizas crea que lo peor que pueda sucederle será huir en un carruaje como Carlos X, ó en un coche de alquiler como Luis Felipe; «pero hay, señora, un tercer modo una carreta, como Luis XVI en el carro del verdugo, para ser ajusticiado por Ducange, el verdugo de Montfaucon.» Hemos copiado ya bastante.

Aunque una miserable pandilla de viejas de buena sociedad haya visto en las observaciones que hemos hecho sobre el casamiento prusiano, la semilla de la traicion, no dejaremos en nuestro propósito de servir la causa de nuestro país, desenmascarando y entregando á la execracion pública la verdadera traicion, adonde quiera que la encontremos, con toda la energia de nuestra alma. ¿Sabe el público que hay en el suelo ingles hombres que hablan y escriben de esta manera? ¿Sabe que ha habido reuniones en el corazon de esta ciudad, en las que se ha podido predicar impunemente el asesinato y la rebelion? La nacion que lo permite ¿está libre de censura? Se nos podrá contestar que tanto los oradores como el auditorio son tan despreciables y tan impotentes, que no hay nada que temer; pero Pianori y Barthelemy no son impotentes. La mano de cualquier rufian, exaltado hasta la demencia por estas arengas, puede hacer cambiar los destinos de Europa.

«Luis Napoleon, continúa la carta, no es un hombre, y ha de ser entregada al verdugo hasta su memoria. Sus cenizas y las de sus parientes no han de mancillar el suelo frances; los vivos y los muertos han de ser arrojados de él, y será un casus belli para cualquiera nacion que les preste asilo.» Todo esto puede declararse delirio; pero es un delirio al que hay que poner coto, y debe ponerse indicándoles que serán espulsados del territorio á la repeticion de semejantes escesos.

Sentimos, dice el Times, habernos visto obligados á asociar en nuestras observaciones el nombre de nuestra soberana con el de estos canallas. Hemos dicho lo bastante para el público en general; pero á lord Palmerston y al ministro del Interior debemos recomendarles que lean con detenimiento la última produccion de los revolucionarios. Tenemos entendido que lord Palmerston ha amenazado ya una vez á estos incendiarios con una cosa parecida á la deportacion. Que el ciudadano Felix Pyat y sus amigos vivan advertidos, que pronto han de tener que ir á conspirar en favor de su república democrática y social á un suelo mas lejano, y que congenie mas con sus ideas.»

Un periódico ingles publica la siguiente interesante comunicacion que le fué dirigida por el Dr. Dionysius Lardner relativamente al poder de los telégrafos eléctricos:

«Hace algun tiempo que se verificó el siguiente experimento bajo mi direccion y la de Mr. Leverrier, en el ministerio del interior en Paris, en presencia de dos comisiones, una de la asamblea legislativa y otra del instituto. Se preparó un hilo telegráfico que partiendo de una sala de aquel ministerio se estendia por gran parte de Francia viniendo á recogerse en la misma sala las dos estremidades del hilo en el lugar en que debía ser hecha la esperiencia. La estension del alambre eléctrico era de 1,082 millas. Tanto la llegada como la marcha del despacho tuvo lugar á vista de las comisiones. Un despacho compuesto de 182 palabras fué transmitido de una de las estremidades del alambre; una punta de hierro aplicada á la otra estremidad principió inmediatamente á escribir la participacion en una hoja de papel, y dentro de 52 segundos se hallaba completamente escrita sin

faltar una sola letra en cada palabra y sus abreviaturas. Por este medio, por tanto, empleando números redondos, podrian transmitirse en una hora 20,000 palabras: la correspondencia de una Gaceta que ocupase seis columnas seria transmitida en dos horas. Escusado es decir que ni la estension del despacho ni la distancia influyen en lo mas mínimo en su resultado. La prontitud de la llegada en todos los casos será la misma, cualquiera que sea la distancia, de 10,000 de 1,000 millas, y la estension del despacho aumentará simplemente el tiempo de trasmision para el papel en razon de 300 palabras por minuto. ¿Por qué no se aprovechan entónces los gobiernos de Inglaterra y Francia de este poder? Despues de la esperiencia mencionada el gobierno frances tenia el aparejo necesario conuido que aun posee. Mas de una vez he preguntado á sus autoridades porque no se aprovechaban de él, á lo cual me contestan que, salvo casos muy raros y escepcionales, 20 ó 80 palabras eran enteramente suficientes para las participaciones telegráficas, y que no valia la pena para tales casos establecer la precisa organizacion para estos telégrafos.»

Palma

2 DE NOVIEMBRE.

ORDEN DE LA PLAZA.

Gefe de dia para mañana el comandante graduado capitán del regimiento infanteria de Luchana D. Mateo Carrion.

Parada Luchana, hospital y provisiones, cazadores de Mallorca.

El teniente coronel sargento mayor—Benito de Amores.

Boletin religioso.

Santo de mañana.

SAN RESTITUTO Y SAN VALENTIN PRESBITERO.

San Valentin, que en Viterbo junto con san Hilario diacono padeció muchos tormentos, hasta que cansados los verdugos de su constancia les arrojaron al rio Tiber atados á una enorme piedra, sacándoles ilesos un angel. Enfurecido el tirano viendo á los santos confesores que de nuevo predicaban á Cristo, les mandó degollar imperando Maximiano.

ANUNCIOS

OFICIALES.

CAPITANIA GENERAL

DE LAS ISLAS BALEARES. ESTADO MAYOR. Orden general del 1º de noviembre 1855 en Palma.

Habiendo llegado á esta ciudad el subinspector médico da segunda clase don Sebastian Cabanés y Matarradona, destinado á este distrito por Real orden de 28 de junio último, como gefe de Sanidad Militar, con las consideraciones de teniente coronel de ejército, se ha hecho cargo en el dia de ayer de su destino, que hasta ahora estaba desempeñando interinamente el de la misma clase graduado D. Fernando Veyler, médico mayor, gefe local del Hospital militar de esta plaza.

Lo que de orden del Escmo. Sr. Capitan general de estas islas se hace saber en la general de este dia para conocimiento de los cuerpos, institutos, y demas clases militares dependientes de este distrito. El brigadier gefe de E. M.—Juan Diaz de Morales.

INSTITUTO PROVINCIAL DE 2ª ENSEÑANZA DE LAS BALEARES.

Durante los meses de noviembre, diciembre, enero y febrero próximos, las lecciones correspondientes á los tres años

de latinidad y humanidades se darán en este Instituto todos los dias no festivos de ocho y media á once media por la mañana, y de dos y media á cuatro y media por la tarde; los de estudios elementales de filosofia y asignaturas sueltas, tendrán lugar los dias y horas que á continuacion se espresan.

Primer año.—Matemáticas: todos los dias no festivos de ocho y media á diez por la mañana.—Geografía é historia: idem, de dos y media á cuatro de la tarde.—Autores clásicos: lunes y jueves de diez y media á doce por la mañana.

Segundo año.—Física y náutica: todos los dias no festivos de ocho y media á diez por la mañana.—Matemáticas: idem, de diez y media á doce de idem.—Autores clásicos: martes y viernes de dos y media á cuatro de la tarde.

Tercer año.—Historia química: todos los dias no festivos de diez y media á doce de la mañana.—Psicología y lógica: martes, jueves y sábados de dos y media á cuatro de la tarde.—Ética: lunes, miércoles y viernes, idem id.—Autores clásicos: miércoles y sábados de ocho y media á diez por la mañana.—Lengua inglesa: todos los dias no festivos de doce y media á una y tres cuartos por la mañana.—Lengua francesa: idem de cuatro á cinco y media de la tarde.

Lo que se anuncia para conocimiento de las personas á quienes pueda interesar. Palma 31 de octubre de 1855.—P. D. del D.—Andrés Barceló y Muntaner, secretario.

ESCUELA DE NÁUTICA AGREGADA AL INSTITUTO DE SEGUNDA ENSEÑANZA DE LAS BALEARES.

Durante los meses de noviembre, diciembre, enero y febrero próximos, las lecciones de los diferentes años de enseñanza que comprende esta escuela de náutica, se darán los dias y horas que á continuacion se espresan:

Primer año.—Matemáticas: todos los dias no festivos de ocho y media á diez por la mañana.—Geografía: idem de diez y media á cuatro de la tarde.—Dibujo lineal: lunes, miércoles y viernes de ocho y media á diez por la mañana.

Segundo año.—Geometría y trigonometría: todos los dias no festivos de ocho y media á diez por la mañana.—Cosmografía y complemento de geografía: lunes, miércoles y viernes de dos y media á cuatro de la tarde.—Dibujo geográfico: jueves de diez á once y media de la mañana.

Tercer año.—Física: todos los dias no festivos de ocho y media á diez por la mañana.—Pilotage y maniobra: idem de once y tres cuartos á una y cuarto idem.—Dibujo hidrográfico: martes y sábados de tres á cuatro y media de la tarde.

Lo que se anuncia para que llegue á noticia de los alumnos y demas personas á quienes pueda interesar. Palma 31 de octubre de 1855.—P. D. del D.—Andrés Barceló y Muntaner, secretario.

ACADEMIA QUIRÚRGICA MALLORQUINA.

Los dias 13 y 26 del corriente mes á las siete de la noche, celebrará esta Academia junta literaria para continuar la discusion pendiente. Se avisa á los socios para su puntual asistencia. Palma 1º de noviembre de 1855.—Tomas Escañ, secretario.

AYUNTAMIENTO CONSTITUCIONAL DE PALMA.

No habiendo podido tener efecto la adjudicacion de la empresa para la construccion de los 16 uniformes para la banda de música de la brigada de Artilleria de M. N. de esta ciudad, por no haber sido admisible la proposicion presentada, se anuncia nuevamente al público por si los que quieran tomar parte en dicha empresa presenten nuevas proposiciones en pliegos cerrados en la secretaria de este cuerpo, ántes del dia 5 del próximo noviembre á las doce del dia, en cuya hora serán abiertos por el señor alcalde constitucional de primer voto, y quedará adjudicada la referida empresa al que ofreciere mayores ventajas á los fondos de Milicia. Palma 31 de octubre de 1855.—Juan Bagur.—Miguel Ignacio Manera secretario.



UN LECHO DE ESPINAS.

Toda la tarde había llovido, y apenas transcurría nadie por la puerta antigua del Muelle. En el cuarto destinado al comandante de la guardia se hallaban reunidos varios oficiales y un capitán retirado, quien solía detenerse allí un ratito al concluir su cotidiano paseo. Hombre ya maduro, alto de talla, enjuto de rostro, de bigote entrecano, y con una afluencia de palabras que podía dar quince y falta al hablador más imperterrito, gustaba de referir las cosas con todos sus pelos y señales. Mas que un velón encendido y colocado sobre una mesa de pino cubierta de bayeta verde, alumbraba la vasta, desnuda y destaralada pieza una respetable cantidad de troncos y astillas que ardían sucesivamente en la chimenea. Aunque reducido el número de las sillas era mayor que el de los oficiales; pero ninguna estaba desocupada porque aquellos, torciendo la suya y apoyando su respaldar en la pared, hacían descansar en otra los talones de sus botas. Así medio echados y envueltos en la densa atmósfera que producía el humo de sus cigarros, arrastraban pensosamente una conversación que no salía del estrecho círculo acostumbrado. Poco a poco se fué animando: desaparecieron las preguntas frías, las respuestas de cajón y las interjecciones de ripio. Empezó a discutirse si el valor es una cualidad física ó moral, si es absoluta ó relativa, si procede del temperamento ó de la reflexión, si presenta fases contradictorias ó si es consecuente en todas ocasiones, y cada cual aducía en favor de su opinión observaciones propias, ejemplos vulgares y anécdotas más ó menos conocidas.

El retirado tomó la palabra, y después de algunas frases preliminares habló así: No quiero meterme en estas honduras; pero, supuesto que viene al caso, voy á referir un hecho de cuyos pormenores estoy seguro de ser la única persona bien enterada. Y lo más particular y curioso es que tuvo origen y comienzo en este mismo sitio y á presencia de una reñion como esta de la cual yo también formaba parte.

Al oír este sencillo exordio que preparaba los ánimos á un relato de nuevos ó misteriosos acontecimientos, los circunstantes movieron sus sillas, les dieron mayor inclinación, cruzaron sus piernas una sobre otra, y acomodando el cuerpo á todo su sabor se dispusieron á prestar la atención más profunda y religiosa.

Después de una breve pausa el retirado continuó.

Habéis leído en los papeles públicos la gloriosa muerte del capitán Bustamante, ocurrida hace poco en las Provincias, donde parece que la guerra civil va á ser una guerra larga y encarnizada. Yo la admiro porque ha sido la muerte de un héroe, y la siento porque es la muerte de un amigo. Vosotros no le conocisteis; pero sabiendo como ha muerto no podéis poner en duda su valor y bizarría. Era una figura atlética con una musculatura de hierro, y en cuanto á destreza en el manejo de las armas podía dar lecciones al mismo Carranza. Hallábase aquí de teniente de caballería cuando yo lo era de infantería en el regimiento que guarnecía esta plaza. Mi coronel le apreciaba muchísimo, y Bustamante, prevalido de este afecto, obsequiaba á su hermana Carolina. Todos le creíamos correspondido, pero cierto día, en este mismo sitio, nos dijo que había moros en la costa. Hicimos cruces, saltamos la carcajada al decirnos que estaba celoso del capitán Valdivia. Parecimos el absurdo más absurdo que podía haber en la mollera de un enamorado. Carlos Valdivia servía en mi regimiento, era un santurrón, un encogido, un uraño: su aspecto, su continente era más de fraile que de soldado. Nosotros le llamábamos «el capitán cogulla.» En su vida había oído silvar una bala, y generalmente era tenido cobarde. Nadie sabía en qué fundaba este juicio, ni nadie se había tomado el trabajo de rectificarlo. Así es que todos le profesábamos una aversión decidida, aunque velada por la urbanidad y cortesía.

Una de las últimas tardes del mes de octubre estábamos reunidos aquí una porción de amigos. Bustamante nos hablaba de sus cuitas amorosas, si bien no podía llegar á persuadirse de que sus celos tuviesen verdadero fundamento. Estaba más inquieto que irritado, y mitad por broma, mitad por pasión, nos propuso un medio, que nada tenía de ingenioso, para humillar ó dar una lección á Valdivia. Como iba á ser una diversión para nosotros lo aprobamos sin discusión ni cortapisas. Era la tarde hermosísima, y á poco rato vimos á Valdivia que salía á dar un paseo con un paisano amigo suyo. Bustamante le llamó indicándole que tenía que decirle dos palabras. El paisano se despidió y Valdivia entró aquí saludando cortesmente. Nadie le devolvió el saludo, nadie se movió, nadie le ofreció un asiento. Todos aparentábamos estar engolfados en una conversación la más frívola é insignificante. El oficial de guardia apoyaba sus talones en una silla y Bustamante se entretenía haciendo dar rápidas vueltas á otra que giraba sobre un pie. Valdivia se sentó sobre la mesa. En el marco de la chimenea había una bandeja con habanos. Todos fumábamos y nadie ofreció uno á Valdivia; pero él con toda calma sacó su petaca y se puso á fumar un cigarrillo de papel. Cruzábase palabras sin ton ni son: de un asunto baladí pasábamos á otro del mismo calibre; pero en todos afectábamos la misma animación. Tres cuartos de hora duró esta maniobra. Qué papel tan desairado hacía para nosotros el tal Valdivia! Cómo nos burlábamos interiormente de su paciencia! Nunca nos lo habíamos figurado tan cobarde ó tan cachazudo. Al cabo se levantó y dijo:

— Señor de Bustamante, me habéis llamado para decirme alguna cosa. Estoy á vuestras órdenes.

— De veras? Y qué tengo yo que decir?

— Vos lo sabréis.

— Pues señor, se me ha olvidado.

— Sois floco de memoria. Me habéis hecho perder el sol, pero me pasearé á la sombra.

— Si por mi culpa habéis perdido algo estoy pronto á daros una satisfacción.

— Cuando no la pido es claro que no la necesito.

— No tan claro: tal vez no la pedís por no arriesgaros á que os la den.

— Señor de Bustamante me estáis provocando sin haberos dado pié para ello.

— Si examinaseis vuestra conciencia tal vez encontraríais algún pecadillo oculto.

— Mi conciencia de nada me reprende delante de los hombres.

— Pues si tan limpia la lleváis, cómo es que tenéis tanto miedo á la muerte?

— Á la muerte? os aseguro que no la temo. Es muy probable que más miedo le tengais vos?

— Señor de Valdivia, exclamó el teniente dando una patada en el suelo, estas palabras encierran un doble sentido. Ahora soy yo quien pide una satisfacción. Ya sabéis cómo se arregla esta clase de negocios. Dictad vos mismo las condiciones.

Valdivia se puso reflexivo.

— La primera, dijo, es que aplacéis para de aquí á tres días esta provocación.

Titubeó un poco Bustamante, y luego dijo: Concedido.

— La segunda... ¿tendréis valor para admitir la segunda?

— Vive Dios que me estáis insultando!

— Tendréis valor para poneros á mi disposición durante algunas horas de uno de esos tres días, y seguirme á donde yo fuere, é imitarme en lo que yo hiciere?

— Aunque sea arrojarme de cabeza desde el campanario de la Catedral.

— Corriente. Señores, hasta la vista.

— Qué diablos de farsa será esta? exclamó el que estaba de jefe de día.

— Qué contará hacer en ese extraño plazo? preguntó uno.

— Escaparse, fingirse enfermo, dar parte al coronel, que sé yo? le contestó otro.

— De todos modos está perdido á los ojos de Carolina, dijo Bustamante para sí.

—

—

—

—

—

—

—

—

—

de esperar con impaciencia las imprevistas escenas de aquel drama se fastidió de su lentitud y se dijo á sí mismo: veremos; pero su orgullo se resentía de no poder adivinar lo desconocido y experimentaba una irritabilidad nerviosa que en valde trataba de ocultarnos. Todas sus chanzas de aquellos dos días fueron pesadas: todas sus bromas sarcásticas y punzantes. Estaba de malísimo humor. Atronado del continuo clamoreo de las campanas las maldecía como si nunca las hubiese oído. Serían sobre las once de la noche cuando sonó un golpe en la puerta de su posada: sobrecojióse un poco, pero logró disimular completamente su emoción á los ojos de Valdivia quien después del saludo le dijo:

— Espero no tendréis inconveniente en venir conmigo:

— Adónde? fué la palabra que se le vino á los labios y que estuvo para caerse de ellos; pero rehaciéndose luego la retiró como si fuera una blasfemia y la sustituyó diciendo: ni el más mínimo. Es preciso tomar armas?

— Traigo? Pero si preferís las vuestras á las mías...

— Cualesquiera me bastan, que no es el acero sino el brazo lo que importa.

Valdivia calló. Embozados en sus capotes, bajaron los dos, atravesaron algunas calles y salieron fuera de las puertas de la ciudad.

Seguían dando la vuelta á sus muros. La ciudad que poco antes gemía, chillaba, mugía con cien lenguas de metal, la ciudad que poco antes ensordecía los vientos con sus lúgubres clamores, imitaba entonces el silencio de los difuntos. Era un silencio más imponente que el no interrumpido cañoneo de una sangrienta batalla. Bustamante echaba menos el ruido que tanto le incomodara aquella tarde. Su imaginación estaba fija en esta pregunta, adónde vamos? pero no se atrevía á traducir en palabras su pensamiento. Quería distraerse, ó al menos aparecer distraído. Trataba de entablar alguna conversación frívola y no sabía por donde empezar, probaba á silvar alguna contradanza y todas sus reminiscencias musicales se habían evaporado. De pronto le asaltó esta idea, si se tratará de hacerme caer en alguna zagalarda? Necio de mí que no llevo conmigo mas que mis puños! A poco rato le dijo Valdivia con toda sencillez y espontaneidad: Vos camináis á la ligera y yo cargado, si teniais la complacencia de llevar la caja de mis pistolas... y se la entregó. La respiración de Bustamante fué como la del náufrago que consigue sacar fuera del agua su pecho y cabeza.

— Vive Dios, exclamó después, que ya comprendo. Pues, señor, la cosa es grave, mucho más grave de lo que podía esperarse. Ni el diablo lo hubiera soñado. Pero á mi nada me arredra. Aquí se trata nada menos que de un duelo de noche y sin testigos.

— Testigos nunca faltan, replicó Valdivia. Vos lleváis en vuestra conciencia el vuestro, como yo el mio. Y además hay un Dios que es testigo imparcial para entrambos.

— Sermoneicos á mí? Pues si para esto me habéis hecho dejar el abrigo de la cama, medrados estaremos. Sería un lance curioso.

Valdivia callaba. Tentaciones le vinieron á Bustamante de apostrofarlo con el apodo de capitán cogulla; pero comprendió en seguida que insultarle en aquellos momentos sería dar indicios de flaqueza. Prosiguió su camino un buen trecho y deteniéndose de golpe le preguntó:

— Y estas pistolas?

— Están cargadas.

— Y si ahora retrocediese dos pasos, y cogiendo una os descerrajase un tiro?

— Confío en que vuestro honor no os dejaría acoger tan mal pensamiento, y confío en que Dios tampoco os permitiría realizarlo.

— Ese hombre es todo un valiente, dijo Bustamante para sí: su aspecto nos ha engañado á todos. Es un rival tanto más temible cuanto más digno. Oh! el negocio es serio, porque sino me desbanca.

En eso vieron brillar á lo lejos una luz que se acercaba lentamente. Era un hombre que les salía al encuentro, que sin hablar palabra dejó en manos de Carlos un farolillo y una cosa de hierro, desapareciendo en seguida como un personaje de fantasmagoría. La aventura se complicaba de una manera misteriosa en la imaginación de Bustamante.

Así llegaron á las puertas del cementerio. Carlos abrió la verja de hierro con la llave que había recibido, la entornó después de haber los dos entrado, depuso el farolillo al pié de una piedra sepulcral y saliendo fuera del andén se

introdujo en el aspero terreno labrado á sulcos. Su compañero le seguía maquinalmente y ambos se detuvieron al borde de una zanja. Tenían á sus piés dos hoyas iguales y contiguas, cavadas á lo largo de un mismo sulco y recientemente abiertas como lo indicaban el olor y la humedad de la tierra. Esta situación presentaba bastante analogía con la que ha creado Walter Scott en su novela *El Monasterio*. Valdivia y Bustamante eran un nuevo Alberto Glendinning, un nuevo Pierce Shafton. Lo real y conocido hacia aquí el papel de lo maravilloso; pero no era menos tetrico é imponente. Valdivia estaba cruzado de brazos, Bustamante sentía escalofríos, y juró en su corazón de sofocar toda emoción de terror y sorpresa, de no dejar traslucir ni el más leve síntoma de cobardía.

— Voto al diablo, exclamó dirigiéndose á su antagonista, que os habéis tomado una molestia inútil si pensabais intimidarme como á un chiquillo. Creéis que soy alguna muger para que los cementerios me espanten? A mí no me dan más que asco y repugnancia. Con todo ese aparato teatral, qué os habéis propuesto? No falta sino un coro de frailes ó de sepultureros para hacer la escena más divertida. Pensáis que voy á figurar, que ha de poblarse esto de fantasmas, y que he de echar á correr y abandonar el campo? Estais completamente equivocado. Aquí nada ni nadie ha de interrumpirnos. Vamos á ver las condiciones del desafío.

— Valdivia contestó con toda calma y sosiego. Ni he admitido vuestro desafío, ni os provoqué á ningún combate sangriento. Habéis supuesto que yo temía á la muerte, y os he contestado que acaso más la temiais vos. Nos hallamos á punto de hacer la experiencia. El más cobarde, ó si queréis, el menos valiente de los dos será el primero que atraviese aquella verja. Yo no temo á la muerte porque estoy familiarizado con ella. La he visto muchas veces cara á cara aunque no sea en los campos de batalla. Es una amiga que suele visitarme en un rincón del templo ó en mi gabinete de estudio. También nos encontramos al aire libre, á cielo abierto. Vos creéis que solamente se la puede ver al reflejo de un acero ó al resplandor de un fogonazo; pero yo la veo en el sol que traspone la montaña, en la nube que se evapora, en la flor que se marchita, en la hoja que el viento arrebató: yo la veo en esta incesante descomposición de lo que existe para dar lugar al renacimiento de lo que ha de existir. La he visto muchas veces y por eso ya no me causa miedo. La suya es una fealdad á que mis ojos están habituados. No me hace temblar con sus amenazas, porque confío en sus promesas: sé todo lo que puede quitarme, y sé también todo lo que puede añadirme.

Dejóse oír entonces la primera campanada de las doce. Un estremecimiento involuntario á manera de relámpago recorrió el cuerpo de Bustamante que exclamó casi gritando:

— Pero, en fin, qué pretendéis?

— Una cosa muy fácil y hacedera, que nos echemos cada uno en su hoyá respectiva, que nos tendamos embozados en nuestras capas, y que por espacio de tres horas, solo tres horas, permanezcamos en ella tranquilos.

Una imprecación terrible, hija del terror y de la extrañeza, de la indignación y del aturdimiento, iba á salir de los labios de Bustamante; pero reprimiéndose al momento dijo:

— Ni á ligero me ganais; pero tened entendido que de esta noche tan original como incómoda, de este cambio de un lecho mullido y abrigado por uno duro y frío, me dareis estrecha cuenta.

Y dejando las pistolas en el suelo, con precipitado movimiento se arrebujó en su capa, y se tendió cuan largo era en su inesperada sepultura.

— Quién me dijera que había de verme convertido en trapense? fué la primera reflexión que acudió á su fantasía; pero, que hay que hacer? Durmamos, se decía y se repetía á sí mismo. Dormir? Ah este es un deseo que en ciertos casos su misma intensidad sirve de obstáculo á su cumplimiento. Nunca el sueño había estado tan lejos de sus parpados. ¿Cómo conciliarlo teniendo la parte moral tan escitada. Nada valía cerrar los ojos, como si la obscuridad no fuese lo que más estaba allí de sobra. Revolvase en su lecho de espinas con la esperanza de que cambiando de postura disminuirían su incomodidad y su desvelo. No había más que algunos minutos y ya empezó á comprender que perseguía un imposible. De buena gana hubiera dado tres años de su vida por tener á mano una fuerte dosis de opio, y la hubiera tomado aun á riesgo de envenenarse. Experimentaba un acervo frío

en los piés, y vértigos en la cabeza. Tendíase boca abajo y se ahogaba: volvíase de espaldas, y los muros de su tumba le parecían de una altura formidable, y el pedazo de cielo que descubría, horriblemente negro y encapotado. Si al menos un plateado rayo de luna atenase aquella lobreguez espantosa! Una piedrecilla cayó rodando cerca de él y su ruido le estremeció como si fuera el de un peñasco. Parecía que su tumba se desmoronaba, y como que una cascada de tierra le cayese encima. Y de pensamiento en pensamiento vino á reflexionar que aquello sucedería alguna vez, y se imaginó cadáver. Este nuevo giro de sus ideas le dió calentura. No pudo aguantar mas y se puso en pie; reflexionó empero que Valdivia podría oírlo y volvió á tenderse. Los latidos de su pecho redoblábanse con rapidez espantosa. Apretábase con los codos y mordía su capote. Asaltábanle deseos de pasar á la otra tumba y estrangular á su adversario. Pero su imaginación estaba ya encarrilada en el camino de las ideas mas tétricas y funestas. Cadáver vivo entre aquella multitud de cadáveres medio corrompidos parecía que percibía el hedor de su descomposición, parecía que los estaba viendo bajo la capa de tierra con sus rostros pálidos y descarnados, parecía ver los gusanos que se movían en confuso hormiguero y que oía el ruido de sus mordeduras. Una asquerosa picazon invadió de improviso todo su cuerpo: sentía el contacto frio de los gusanos que corrían por sus muslos y piernas, sentíalos que se desarrollaban lentamente sobre sus mejillas, sentíalos que iban á devorarle sus ojos. No pudo aguantar mas y saltó de la tumba, y sacudió todo su cuerpo como perro lanudo que sale de un estanque, y echó á correr hacia la verja, pero el ruido de sus pasos le hizo volker en sí, tembló de que Valdivia lo percibiera y se quitó las botas. Descalzo y pisando de puntillas iba á salir por la verja, mas recordando la palabras de su adversario no se atrevió á abrirla. Empezó á vagar desatentado con una especie de delirio producido por la fiebre. Tropezaba con las elevadas lápidas sepulcrales que le parecían otros tantos espectros vestidos de blanco, y se figuraba que se movían á su alrededor y que pretendían agarrarle. Quiso huir de allí á todo trance, y á favor de un monton de tierra saltó la pared que le rodeaba. Entonces echó á correr sin apercibirse de que cada paso magullaba las plantas de sus piés.

Léjos ya del cementerio sentóse para respirar libremente, para que refrescase el aire sus fatigados pulmones. Con el reposo del cuerpo se amortiguó la sobreexcitación de su espíritu, y recobró algun tanto de libertad su pensamiento. Púsose á reflexionar: soy acaso algun supersticioso? Han de aterrarme á mí con cuentos de fantasmas y espectros? He de tener miedo á un puñado de huesos? Qué dirá Valdivia? Qué dirían mis camaradas si tal supieran? Y resolvió volver al cementerio, y puso en planta su resolución: pero caminaba muy lentamente, y para disculpar su lentitud decíase á sí mismo que los piés le dolían. Llegado á la verja la abrió con el menor ruido posible y anduvo á gatas hasta el sitio en que estaba el farolillo. Notó entonces que traía algunos cigarros habanos y su corazón saltó de alegría. Tenía á mano un medio de distraerse algun tanto y pasar con méos angustia el resto de la noche. En aquella coyuntura el teniente de caballería no se hubiera deshecho de ellos por una faja de teniente general. Levantó el farolillo para encender uno y, su luz iluminó de repente un nombre grabado en la humilde lápida que ante él se levantaba. Era el nombre de una pobre muchacha con quien había estado en íntimas relaciones. La infeliz seducida y pronto abandonada, á fuerza de disgustos contrajo una tisis de la que había muerto. Nadie mas que Bustamante conocía aquel horrible misterio. El farolillo le cayó de las manos, y se acurrucó meditabundo. Acaso no la había llevado él á una muerte prematura? Acaso no era él un asesino? El epíteto de doncella que en la losa había leído le atarazaba el corazón. Él la había despojado furtivamente de esta cualidad con que el mundo la creía aun condecorada. El mundo se engañaba; pero su engaño era noble. Él solo había sido el villano, y nadie, nadie debía pedirle cuenta de esta villanía? La justicia de Dios se le apareció tan clara, tan lógica, tan indudable como su existencia. No es esta justicia lo que hace terrible la muerte? Es al polvo y ceniza, es á los huesos corroidos, es á la corrupción de la materia, ó bien es á otra cosa á lo que tenemos miedo? Estas ideas le abrumaban con un peso espantoso. El roce frio de los gusanos vivos no era nada en comparacion de

la mordedura de este gusano interior. A trueque de abandonar aquel lugar funesto Bustamante iba á sacrificar su reputacion á sus remordimientos; por fortuna resonaron tres golpes en un reloj de la ciudad. Las tres! las tres! gritó con satisfaccion indecible, cogió el farolillo y fué á llamar á Valdivia. Carlos estaba profundamente dormido. Ah! dijo para sí. Bustamante, este lleva la conciencia tranquila y por eso duerme y por eso no teme á la muerte. Valdivia se levantó, se esperezó y plantándose en seguida de pié en el borde de la tumba, dijo: — Ahora, qué queréis de mí? — Me habeis hecho pasar una malísima noche, y quiero vengarme, quiero mataros. Defendeos. Y le entregó una de las dos pistolas. — Paréceme que este farolillo está mal colocado. Como no tenemos aqui maestre de campo que nos parta el sol... Bustamante lo cogió, lo retiró obra de veinte pasos y luego se plantó al extremo de la otra tumba. — Aguardad, dijo Valdivia. De todos modos la completa obscuridad cuadra mejor á las malas acciones. Y disparando al farolillo lo hizo añicos. — Ahora, añadió tirando la pistola y cruzando los brazos, podeis hacer fuego si tenéis corazon para ello. Bustamante apuntó al hulto inmóvil que distinguía apenas. La admiracion triunfó de las malas pasiones. Arrojó su pistola, estendió los brazos, fuése corriendo á Valdivia y casi con lágrimas en los ojos: — Sois un valiente, le dijo, sí, sois un valiente. — No he admitido nunca, ni pienso admitir jamas ningun desafío. — Y esto qué importa? Amais á Carolina, ós casaréis con ella; pero en cambio sed mi amigo. Terminada esta escena con un reciproco, estrecho y prolongado abrazo, disponíase á marchar y Valdivia se adelantó para salir el primero. Oyóse entonces un reloj que daba la una. Bustamante confuso, y corrido de haber medido tan mal el tiempo, de ningun modo quiso ceder á la cortesía de su nuevo amigo.

La tarde de aquel día nos reunimos como de costumbre esperando el enlace ó desenlace de aquel suceso. Bustamante tardó un buen rato: al fin le vimos aparecer pálido y desencajado. Sus ojos estaban hundidos, sus labios amarotados y acibillados por la calentura. — Y Valdivia? le preguntamos sorprendidos. — Valdivia se casa con Carolina, yo mismo he pedido su mano al coronel que á mis ruegos ha cedido. — Y eso? — Es que Valdivia es un valiente, querais creerlo ó no. — Y cómo lo sabeis vos? — Es un secreto que yo me reservo. Y este secreto me lo confió despues á mí, añadió el retirado, como á su único y especial confidente.

TOMAS AGUILÓ.

CORRESPONDENCIAS DE LA ISLA.

Soller 1.º de noviembre.

Tiempo hace que no habíamos observado una variacion tan rápida en la temperatura del calor á la del frio como la que de algunos días á esta parte se deja sentir con todo su rigor en este pueblo, debida sin duda á las abundantes lluvias y á algunos copos de nieve que han caido últimamente, lo que si bien nos ha privado de la apacible primavera que disfrutábamos, por otra parte ha tranquilizado los ánimos de estos laboriosos campesinos que tenían ver frustradas las esperanzas que en un principio les había hecho entrever la cosecha de aceite, que si bien no muy abundante, será al ménos regular. Los huertos presentan ya un aspecto muy risueño con la abundante cosecha de naranjas que tambien se resentia de la falta de agua.

Parece que de resultados de la division que la cuestion de obras públicas produjo en el seno de nuestra Municipalidad, como dije en mi última, se ha ofrecido y ha sido aceptado el cargo de alineamiento de calles y aprobacion de planos y fachadas al acreditado arquitecto don Antonio Sureda, cuyos conocimientos en el arte no ménos que su reconocida probidad en el desempeño de tan delicada materia, nos hace prometer un feliz resultado, y que habrá terminado de una vez la vergonzosa paralización en que se veían una multitud de obras con gravísimo

perjuicio de sus dueños, lo que no podia ménos de arrancarles continuas reclamaciones.

A propósito de ayuntamiento: se acerca ya el tiempo de nuevas elecciones, y que sepamos no se han dado aun enérgicas medidas para evitar que se repitan las coacciones de que no se vieron del todo libres muchos de estos vecinos en las últimas elecciones á causa de los dos partidos que se disputaban el poder. Siempre hemos mirado como un gérmen de desmoralización para los pueblos estos bandos que insensiblemente los acostumbran á familiarizarse con la insubordinacion, origen de infinitos males. Esperamos pues que nuestro Gobernador que tanto se desvela en procurar la felicidad á los pueblos que administra, hará que desaparezcan los odiosos dictados de *pobres* y *seños*, y que unidos estos vecinos sin distincion de clase ni categoria elegirán un ayuntamiento que dirija con tino los intereses de este pueblo. En lo que llevamos dicho no es nuestro ánimo juzgar ni zaherir en lo mas mínimo la conducta de los actuales concejales.

La salud sigue inmejorable y el pueblo tranquilo y alegre como siempre.

Continúa la suscripcion abierta en la secretaria de cámara de S. Sra. Ilma., para ayudar á la reedificación del templo de la villa de Selva.

	Libs.	Ss.	D.
Suma anterior.	771	9	1
D. Mariano Enrich	7	10	»
El Sr. Pertiguero y los cuatro sacristanes mayores de la Catedral.	5	»	»
D. Antonio Guasp y D. Manuel Caimari, capuchinos esclaustrados.	8	»	»
Suma total.	789	19	1

(Se continuará.)

REVISTA DE PERIODICOS DE PALMA.

Ayer no salió mas periódico que el *Diario*. — De los de anteanoche extractamos lo siguiente: El *Balear* publica un trozo de una carta recibida de Barcelona en que ademas de quejarse de la poca proteccion que recibe del Gobierno la industria de aquella ciudad, noticia que las pocas fábricas que no se hallan paradas, desde el próximo lunes empezarán á trabajar solamente tres dias á la semana. — Inserta ademas algunos sueltos de gaceta.

El *Palmesano* dedica un artículo á demostrar los males que trae consigo la division que existe entre los partidos en España, publica una revista local que no tiene de ella mas que el título, una composicion poética y algunos sueltos en la seccion de *noticias de la capital*.

El *Genio* no dice nada.

CÍRCULO MALLORQUIN.

Funcion para mañana.

Con motivo de la indisposicion del tenor señor Samati, que hace imposible la representacion de la ópera *Il Colombo*, dispuesta para el sábado; se ha combinado un concierto de piezas de diferentes óperas que se ejecutarán por el orden que espresa el siguiente

PROGRAMA.

Primera parte.

- 1.º Sinfonía á toda orquesta de la ópera la Sirena.
- 2.º Profecía del Nabuco por el señor Escuder y coros.
- 3.º Cavatina de *Attila* por la señora Crescimanni.
- 4.º Aria de la misma ópera por el Sr. Escuder.

Segunda parte.

- 5.º Sinfonía á toda orquesta de la Muta di Pórtici.
- 6.º Romanza de María Rudenz por el señor Sovéré.
- 7.º Variaciones de Beriot ejecutadas en el violín por el Sr. Cavaletti con acompañamiento de piano.
- 8.º Variaciones de la ópera Pedro el grande por la Sra. Compa.

Tercera parte.

- 9.º Aria del tercer acto del Trovador por la Sra. Crescimanni.
 - 10.º Duo del mismo acto por la Sra. Crescimanni y el Sr. Severi.
- Acompañará en el piano la Sra. de Cassella y el Sr. Capó que se ha ofrecido á ello.

A las 7½.

LIBRERIA DE GUASP,

CALLE DE MOREY.

FLORES DEL CIELO.

IMITACION DE LOS SANTOS

ESCRITA POR EL ABATE ORSINI;

traducida de la segunda edicion francesa por D. Juan Martí y Cantó, Pro.

Prospecto.

La obra que tenemos el honor de anunciar al público, no es una de aquellas producciones salidas así como al acaso y cuyo objeto se confunde con el de una multitud de escritos que tienden á un mismo fin, aunque bueno, por una senda casi igual, variando tan solo en su forma ó en el modo de espresar un pensamiento; ni es tampoco un desesperado esfuerzo de una imaginacion ardiente por lo nuevo y sedienta de celebridad; es tan solo la acertada union de los antiquísimos fundamentos de nuestra sagrada Religión, con la poesia siempre nueva, siempre encantadora.

Inculcar estas grandes verdades con el atractivo del arte que habla al corazon, ved ahí su objeto, objeto sublime, que se dirige á satisfacer las dos necesidades mas apremiantes de nuestro siglo; la verdad para el entendimiento, la hermosura para el corazon.

Nada hay mas digno de ocupar los labios de un poeta que las virtudes teologales y morales, puesto que unas y otras han producido acciones dignas de formar el argumento mas bello de un interesante poema. Pues bien; al estudio de estas virtudes y á facilitar su práctica, se reduce la obra de que estamos tratando.

El abate Orsini se propuso llenar con ella un vacío que teníamos en literatura religiosa; pues que poseyendo la imitacion de Jesucristo y de la Virgen, nos faltaba una *Imitacion de los Santos*. Mas todavía; herido en su espíritu piadoso y sábio por la preferencia con que el mundo ensalza los héroes del paganismo, quiso manifestar con la lógica de los hechos que trajo, cuanto les han sobrepujado los héroes de la Religión con la práctica de todas las virtudes; "porque parece que ya es hora, dice, que apreciemos nuestros propios tesoros y que abandonemos el culto de las apariencias por el de las realidades."

La virtud, que aparece con un velo de muerte á los espíritus mezquinos que la conocen apenas de léjos y como entre celajes, se halla aqui retratada al daguerreotipo, hermosa como hija del pensamiento de Dios, su origen puro, fragante al corazon como el olor que despide la Esposa celestial de los Cantares; y para representar mas al vivo la graciosa imagen de esta virtud misma que forma las delicias de la vida, trae el autor muy oportunamente diversos recuerdos orientales que acaban por convertir su obra en un precioso ramillete del Norte combinado con algunos lirios de Saron y algunas rosas de Siria segun nos la define él mismo.

Junto á cada virtud se encuentra el vicio opuesto descrito con toda su espantosa deformidad. Son las espinas que debemos arrancar del corazon, para conseguir la posesion de estas *Flores del cielo* que no punzan jamas.

En la traduccion habemos procurado no separarnos del lenguaje del autor, en cuanto ha sido compatible con lo castizo de nuestro idioma; porque el abate Orsini tiene un tal fondo de propiedad en el decir, que una version de sus escritos hecha libremente los desfiguraria del todo, y les privaria de aquel sabor que tan bien sabe imprimirles y que tanto nos deleita á la par que nos instruye.

Consta de un tomo de 462 páginas, de hermosa letra y buen papel.

Se vende en esta libreria á 14 rs. vn.

CALENDARIO

DE LAS BALEARES

MALLORCA, MENORCA E IVIZA

PARA EL AÑO DE 1856.

Véndese en esta libreria.

AÑALEJO

PARA EL RÉGIMEN Y ÓRDEN DEL REZO DIVINO,

correspondiente al año de 1856.

Véndese tambien en esta libreria.

IMPRENTA DE D. FELIPE GUASP,

EDITOR RESPONSABLE.